



con ellos disiparemos las dudas, que nos hacen llegar más tarde, en itinerario Oficial, ante la mesa de Dios.

**Así Cristo de la Misericordia,
en Tu Granada de Silencio,
pongo el rezo en mi boca
y ante tan amargo encuentro,
en el que yo vivo, ¡Tú muerto!
haces del Darro la impronta,
de callar todas las bocas
por las que navega el incienso.**

El Viernes Santo ha despuntado entre el horizonte con su reguero de luces abstractas. A poco, la media tarde se hace espejo donde se reflejan con exactitud las emociones. Granada entera muerde el bullicio con su presencia, mientras del Campo del Príncipe no queda más que el nombre anclado junto al tiempo en las esquinas. El Cristo de piedra se hace carne y en sus entrañas bondadosas, resbalan Favores hasta caer en sus plantas clavadas a la Cruz... ¿Lloras, Granada? ¡Más que nunca! El Hijo divino está a punto de morir bajo los pies de San Cecilio. El Realejo es un pañuelo ataviado a la solapa del cielo, mientras las palabras se difuminan entre ecos que dejan de repetir su nombre hasta el desespero. ¿Lloras, Granada?... ¡Más que nunca! Los niños observan con admiración el llanto oculto de los viejos, y a las muchachas les ha crecido una belleza de dolor en cada una de sus pupilas. El Cristo de los Favores se alza, justo en medio de la plaza, lo mismo que un mástil a la deriva, donde sólo sus espinas ondean a merced del viento. ¿Lloras, Granada?... ¡Más que nunca! La corneta resquebraja el horizonte con su flecha de acero y el silencio se hace sal, en la comisura de los labios que rezan hasta la locura. ¿Lloras, Granada?... ¡Más que nunca! Cristo ha muerto entre Favores de ceniza. De la Granada el fruto se hace amargo y del viento no sopla más que la brisa que muerde por dentro las heridas de sus llagas, hasta hacerlas infinitas. A sus pies, Virgen María, Soledad más que nunca de primaveras perdidas. Volverte a ver en Granada, como una rosa temprana, cuajadita de espinas. Los Favores se detienen ante el fervor



de tus mejillas y Tú, que cumples todos, rompes en desahogos de llantos y manzanilla. ¿Lloras, Granada?... ¡Más que nunca! Por los ríos y hasta la vega, bien pudiera venderse la pena si es que alguien la quisiera. El gitano muere por dentro, Granada se hace Andalucía y sus favores danzan entre zambras y bulerías. De los poetas muere la letra que estremecía, al conjugarse los verbos con los versos y las rimas. De la música mueren los acordes que navegaban entre mares, buscando las melodías, y de los pintores los lienzos y los pinceles que más enardecían, buscando los colores del cielo que muerden melancolías. ¿Lloras, Granada?... ¡Más que nunca! Hasta el desespero. Al ver al Cristo de los Favores, renacer en mi miedo, mientras arde en su mirada la luz de un lucero, que hace pues de Granada que una espinita de plata, se haga volcán de fuego. ¡Llora, Granada, llora...! Ante el Cristo de piedra bendita, Dios de Favores eternos.

Por la Plaza de Isabel la Católica es Cristo en su Buena Muerte quien de su muerte hace gloria entre maderos de Cruz. Ferroviario bendito de primaveras tronchadas, de flores que giran ensimismadas, sus ojillos infinitos de estambres y filigranas, que ponen aromas de muerte, que siembran jardines de nácar. Por Tu Buena Muerte el delirio atraviesa como si nada el suspiro eterno que reza al borde de la garganta, y como sólo es muerte Tu vida y sólo paz Tu mirada, por ella martirio de luces, se hacen sombras en las fachadas. Por la Plaza del Realejo, si los silencios hablaran, serían Favores de fuego que se encienden y se apagan, en las tulipas que arden, entre el cristal que las guarda. Cristo de los Favores, antes de piedra y ahora de talla. Duplicados de muerte ante la réplica más humana, de ver la luz en Tus ojos, hecha río, deshecha en agua. Al son de tambores de muerte, los timbales acobardan las fuentes que ya no tienen cristales de fría escarcha. No hay más muerte que la tuya, por Favores desterrada, de Tu cuerpo lleno de vida, maltratado por la espina de los rosales de Granada. En San José de Calasanz ya eres Cristo que Expiras. Tu mirada al cielo y en el cielo la Gloria divina, hace del madero una barca, en la que navegan erguidas las más hermosas alabanzas. Y entre fastuosos luceros, para ser el Dios de los hombres que anduvo entre Geniles, para ser Cristo, pescador de sueños. En ellos Tu muerte navega, la cruz a la proa del clavo, la espina arriada a la vela y Tu alma el timón



divino... ¡Llévanos por donde quieras! Sólo una cosa te pido, si escucharme pudieras. Cristo de la Expiración, al llegar a la Carrera, arrancar de tu mar una flor, que se hace Angustias de amor, en esta amarga primavera. En el Monasterio de San Jerónimo se forjaron escaleras, ya no hay Cruz sobre Tu hombro, ni clavos sobre madera que sostengan al Hijo divino amarrado a su condena. Descendido de la altura, en Rector López Argüeta manos de carne te portan, la muerte que te sujeta, entre azucenas heridas, entre Tu piel de canela. Descendido, Señor, del jardín de las estrellas, ni una habla de amor, su brillo es el dolor, junto al roce de sus penas. Y la luna que es blanca ha puesto en Tus caderas una sábana de alabastro, por la que partes dejando el rastro de Tu silencio de muerte y de arena. ¿Lloras, Granada?... ¡Más que nunca! En San Gil y Santa Ana se agrieta Granada entera a los pies del Santo Sepulcro, pues de muerte se venera la muerte más amarga, gritando en Plaza Nueva. Por Reyes Católicos baja la noche como la hiedra, rodeando con su vergel los silencios de Pavaneras. Y en San Juan de la Cruz, el cristal de la urna que lleva el cuerpo de Cristo dormido, sobre telares de seda, se alzan a hombros los niños, al ver su cara serena, muerto por siete veces ¡Una! Hasta llegar a Pasiegas. ¡Lloras, Granada!... ¡Más que nunca! Por Él la Torre de la Vela vela su pena desnuda, como una muerte que deja por su campana una luna, donde mueren los poetas tristes, de color verde aceituna.

Llora, Granada, que es Madre y al verla hecha Amor y Trabajo, por Amor se detiene en el aire, de su pelo, su rabia, su abrazo. Cuánto gentío en Granada quisiera permitir con sus manos, posar a su hijo bendito, en este puerto sin mar, de la Madre en su regazo. Amor en San Juan de Letrán, bajo el cristal de su Palio. Lágrimas sobre varales se hacen doce puñales, que atraviesan la sal de su llanto. En Santa Escolástica, Madre, Misericordia venerada, brilla por los rincones Tu semblanza Coronada y corres como una niña, por Favores destrozada, vestida de muerte Tus manos, bordada de fuego Tu saya, arropada de suspiros y dolores, que se hacen flor en Tus jarras. Caminas sedienta de amores, Misericordia a la que no faltan corazones de Realejo, amarraditos al sueño, arrodillados a Tus plantas. En el Humilladero, Mayor Dolor de Madre sobre Tu cara, la misma que anduvo en Roma, mientras las gentes Te aclamaban: ¡Bella Madonna de Christos! Que mueren

bajo las ramas. Mientras Tu boca de niña hermosa, como una rosa temprana, moría por dejar al Hijo, muerto de Cruz en Granada. María del Mayor Dolor, por Mariana Pineda, de Tu dolor ya no quedan ni las fuerzas ni las ganas, cuando nacen los ríos de amor, del pozo blanco de Tus pestañas. Y por Soledad en San Jerónimo, sublime Madre de bella estampa, de palios invisibles, bajo las noches derramas de entre Tus manos ¡amores! De entre Tus ojos ¡plegarias! Soledad del suspiro chico en Tu boca cincelada, por obra de Ángeles inspirados y por gubias encantadas, que llenaron de soledad Tu rostro, creado en una palabra. Soledad de San Jerónimo entre el naranjo y la acacia. Frente a la Real Chancillería, Soledad nueva en la Plaza por la que los sueños derivan, en ocultos ríos sin alma, por ellos Tu desconsuelo, tras del Calvario. Te marchas, entre el azahar de Tu pelo donde la alondra volara, para hacer de la caricia el nido, desde las torres más altas. En Tu Soledad ya no es la flor más que una humilde Granada, marchita de aromas nobles, que aspiran la madrugada; en ellas cien costaleros, se hacen remiendo y agua.

**Enfájame la cintura,
en este rincón de la nada
donde el tiempo se detiene,
como si Dios lo parara
con sus dos clavos de amor,
que por amor lo mataran.**

**El remiendo que tiene hecho
por la manos de una Santa,
déjalo que se desprenda
donde cuelga la medalla.**

**Fueron las manos de mi madre,
quien puntada a puntada
con hilo de soledades,
cuando mi padre faltaba,
hizo costura de amor
de esta rotura sagrada.**